

DIARI DE  
GIRONA  
LOS SITIOS

Edita: Editorial Gironina, S.A.

Redacció, Administració, Publicitat i Tallers: C/. Comerç, s/n  
Tels. 47 62 77/78. Télex: 93.988 EDGI  
FORNELLS DE LA SELVA (GIRONA)

Publicitat de 8 a 20 h.: Ctra. Barcelona, 29  
Tels. 20 18 82 - 20 20 42  
17 001 - GIRONA

Delegació a Figueres: C/. St. Llätzer, 35 Tel. 50 99 09  
Delegació a Olot: C/Bisbe Vilanova, 1 tr. Tel 26 88 11

Difusió controlada  
per



Dipòsit legal  
GE-2-1958-Anyo XLIV

Director: Jordi Bosch i Molinet

Subdirector en funcions: Josep Victor Gay

Redactor en cap en funcions: Fèlix Bouso Esports: Narcís Planas  
Comarques: Rosa M.ª Mestres Fotografia: Dani Duch  
Reportatges: Ramon Rovira

Catalunya, Espanya i Internacional: Susanna Quintana

Administrador: Josep Vila i Mont

Distribució: Enric Cullell

Subscripcions: M.ª José Cinca

Cap Sistema: Sergio Biondi

Tallers: Horacio Zaro

Cap d'Impressió: Santos N. García

## RENOVACIÓN BANCARIA

La OPA frustrada del Banco de Bilbao sobre el Banesto fue la gran noticia financiera del año 87 y que en cierto modo ha cambiado ciertos hábitos en las relaciones bancarias. A consecuencia de todo ese proceso ha surgido una nueva figura en la vida pública. Se trata de Mario Conde, el flamante presidente del Banesto, quien no sólo ha conseguido erigirse en el salvador de la independencia como entidad del banco, sino que ha modificado de forma sustancial la composición del consejo de administración, consciente de que no existiría una segunda oportunidad para preservar su continuidad y que ello exigía finalizar de forma rotunda tanto con las desavenencias internas del consejo como para solventar los problemas de gestión. De la noche a la mañana, Mario Conde se ha hecho popular, de la misma forma que un día erigió de la nada Emilio Bútragueño en el fútbol y desde aquel preciso instante se convirtió en su figura más popular. Hoy en día, Mario Conde ha ganado la batalla de la imagen y entre los ciudadanos es el banquero más conocido.

Sin embargo, la imagen de un Banco de Bilbao «robacarteras», como pretendieran algunos antiguos miembros del consejo del Banesto, no es correcta. De hecho, no se trata de un asalto, sino de ofrecer al

accionista la posibilidad que decida aquello que le es más propicio. No hay que olvidar que los dueños de los bancos no son los consejos de administración, en ocasiones con escaso número de títulos, sino los accionistas.

La OPA supuso que las tradicionales buenas relaciones entre los grandes bancos quedarán en el aire, destapándose todo tipo de rumores. El propio Mario Conde ha dicho que no considera que las fusiones deban descartarse, ya que si bien lo importante no es tener bancos de gran volumen, sino eficaces y rentables, algunas operaciones son aconsejables para el panorama financiero. Sin embargo, algunas llamadas que comienzan a escucharse desde la gran banca respecto a la necesidad de frenar o dificultar la entrada de la banca extranjera en nuestro país es preocupante. Por un lado, el deseable y progresivo desarrollo de la unidad política y económica europea exige levantar todo tipo de fronteras. Si de lo que se trata es de evitar la competencia de quienes ofrecen mejores servicios a los clientes, lo que procede no es cerrarse en banda, sino provocar la necesaria renovación bancaria. En esa línea ya entró en el paso el Bilbao, y ahora parece decidido a incorporarse el Banesto, si nos referimos a los protagonistas de la OPA.

### TRIBUNA ABIERTA

## EL PODER PERSONAL

José María Gironella

**H**AY HOMBRES que nacen con irrefrenable vocación de poder. Si un día lo consiguen se convierten en dictadores, más o menos tiránicos según la capacidad de sumisión del pueblo. Cuando dicha capacidad de sumisión, por causas no siempre explicables, se revela total y duradera, el dictador se siente cómodo en su sillón de mando y llega a estimar natural el absoluto dominio que ejerce sobre los demás. Entonces, y al igual que le ocurre al niño, su visión se hace incompleta, hasta el punto de no acertar a distinguir con claridad entre el «tuyo» y el «mío». Mira en torno y todo cuanto ve, vidas, ideas, costumbres y paisaje, se le antoja de su personal y legítima propiedad. Es el momento de la agresividad —daña sin darse cuenta o por considerarlo necesario—, y también de la monotonía o del aburrimiento: como el hombre del cuento citado por Salvador Paniker, «quien le agradaba tanto telefonar que consiguió acaparar todos los teléfonos, encontrándose con que no podía telefonar a nadie».

Por supuesto, esa ocupación de la autoridad le resultaría más ingrata al dictador si automáticamente no brotaran a su lado, como diáconos en misa solemne, una recua de subjeses, de despotas de segunda clase, que lo adulan, a veces con sinceridad, e incluso —fue el caso de la Alemania nazi— convencidos de que contribuyen con ello a una causa grande. El dictador, que sabe y no sabe que le mienten, consciente en utilizar la alfombra feérica tendida a sus pies y pone en práctica el consejo oriental: «gobernante,

contenta a los soldados y a los funcionarios, y despreocúpate del resto». ¡Soldados y funcionarios! He aquí la clave. Visitad con determinismo, no en visita turística, el Kremlin actual, y veréis a unos y a otros —cascos relucientes y gorros de astrakán— satisfechos de sí mismos, contándole al pueblo, al pueblo que tirita y que suda, las gloriosas hazañas de la industria metalúrgica y de las conquistas espaciales.

De dos cosas se ocupa preferentemente el dictador: de realizar obras públicas colosalistas (hay que dar sensación de grandeza) y de vigorizar sin tregua su dedo índice (hay que repartir apropiadamente los cargos). Enormes edificios, puentes colgantes, vastos estadios, distraen a los bienamados súbditos de la mediocridad de la vida cotidiana. En cuanto al dedo índice, se cuenta que Mussolini besaba cada mañana el de su mano derecha. Es natural. Con él designaba a sus colaboradores o los mandaba fusilar. Con él perseguía la blasfemia al tiempo que desafiaba al Vaticano, y mientras por un lado predicaba obsesivamente la «unidad», por otro enviaba sus tropas a la quimérica y desintegradora conquista de Abisinia.

Lo más corriente es que el dictador alcance el poder en un momento de grave crisis del país sobre el que opera. A río revuelto, ganancia de dictadores. El arran-

que, pues, es favorable, y en cuanto consigue restablecer el orden público, las gentes se sienten en deuda con él. Ha seguido, ofrece un programa salvador. Todos los males serán remediados, excepto, quizás, la muerte. Ahora bien, caso de que el mandato se prolongue más de lo previsto, la dinámica de la historia plantea graves problemas. Parte de aquel programa salvador pierde validez y se hacen precisos cambios sustanciales. La alternativa es dramática. Si el dictador, por calculada estrategia, se aviene a sustituir por otros los sacrosantos slogans, su prestigio sufre quebranto y ha de echar mano de toda su astucia para no ser llamado traidor; si, a la inversa, su fanatismo o miopía, se empeña en mantener a toda costa su desfasado credo original, produce rechazos, se ve obligado a pagar a un precio cada vez más alto las lealtades incondicionales (corrupción), y a lanzar a la calle un número creciente de perros amastros como los de la PIDE.

¿Existen denominadores comunes entre los dictadores? La psicología pretende que sí. Entre ellos destacan, aparte del miedo profundo y de la capacidad de rencor, el narcisismo, el culto del «yo». «El Estado soy yo», sentenció, como es sabido, hace cuatro siglos, el absolutista Luis XIV; hace un tiempo, Mobutu, presidente del Zaire, declaró: «Yo soy

el Mesías». La línea continúa. Los dictadores gustan de ser llamados «Padres de la Patria»; los hispanoamericanos saben algo de ello. Tal vez el ejemplar más ilustre haya sido Amin, dueño y señor de Uganda, que venía a ser como una ampliación en negro del progresivo narcisismo de todo un continente hasta ahora explotado.

Sin embargo, en el plano individual, psicossomático, las diferencias pueden ser notables. Hay dictadores de facha locoida, como Hitler, los hay de porte mesurado y correcto, como Salazar. Los hay que se exponen al viento y al sol, como Nasser, los hay que se ocultan bajo un paraguas, como hacía el Negus, enfáticamente denominado Rey de Reyes. No, no, ninguna similitud entre Tito y Franco, entre Caim —primero de la dinastía— y Perón.

Ciertas computadoras mentales pronostican que la estirpe de los dictadores está en trance de extinguirse, debido al avance de la civilización. A mi juicio, la cosa no está tan clara. Al modo como existe la irrefrenable vocación de mando, perdura en la tierra la irrefrenable vocación de esclavitud. Por extraño que parezca, todavía hoy se cuentan por millones los kamikaze en potencia, los hombres dispuestos a suicidarse si un

ser con magnetismo (Jomeini) se lo ordena así o le baila ante los ojos un símbolo heroico. Los propios dictadores han tenido buen cuidado de que el ciudadano sencillo, tan amado por Gandhi, ignore los derechos que le corresponden, ignore las ventajas de la persona humana en situación de libertad.

Pregunta inquietante. ¿Son felices los dictadores? Los expertos les otorgan, desde luego, instantes de plenitud insuperable, afirmando que el placer del mando absoluto supera con mucho el que pueden procurar el dinero e incluso el erotismo amoroso más logrado; sin embargo, la medalla tiene su envés. Parece ser que sufren de infantiles frustraciones —siempre hay algo que no consiguen poseer—, de torturantes alergias y de una sensación, raramente confesada, de soledad. Parece ser que están tan solos, pese a los balcones triunfales y al Yo aclamado, que los hay, como Stalin, que de pronto miran como si disparasen y rompen todos los espejos.

Y luego resulta que se mueren. Y sobrevienen las más inesperadas reacciones por parte de la multitud: llantos desgarrados, extraña indiferencia, un clima de alivio. Muy pronto, el olvido, el olvido irremediable. Y el mecanismo crítico se pone en marcha. Y aparecen errores de mayor o menor cuantía. Y un vacío absurdo, y odios que tenían prohibido asomarse al exterior, y las gentes preguntándose: «¿Y todo para qué?».

Visto de lejos, no queda más que la silueta de un dedo índice petrificado en el centro de un cementerio de soberbia inútil.

## UNA BATLLESA A CADAQUÉS L'ANY 1252

Josep Rahola Sastre

**E**L fet que exposarem va succeir a mitjan segle XIII, més o menys cap a l'any 1250.

En aquell temps era el senyor de Cadaqués el comte d'Empúries i el seu representant a la vila era el «batlle», que venia a ésser el que actualment és l'alcalde, al qual també s'anomena «batlle», que era l'administrador de les rendes del senyor a la població, i era dins d'ella la màxima autoritat, al mateix temps que per la seva categoria era un intermediari entre el comte i els homes lliures no nobles de la localitat. Exercia així mateix les funcions judicials.

Normalment el «batlle» era designat pel senyor del comtat, d'una relació de noms, una terna generalment, que li era presentada pel consell de la vila cada any el primer de gener, quan es feia la seva renovació. En aquest cas el «batlle» elegit era el dit «batlle natural». Ara bé, a Cadaqués, com en algun altre lloc del comtat, el comte cedia la

«batllia» de la vila a una determinada persona com a premi a un mèrit assenyalat, o bé l'empenyorava i en aquest cas el «batlle» era dit «batlle noble o feudal». El càrrec així elegit solia ésser vitalici i es constituïa en hereditari si l'empenyorament era a perpetuïtat i podia gaudir una família en dues o més generacions. Per les dates que tenim, des de l'any 1193 al 1480, gairebé tres segles fou el temps de què gaudiren les famílies cadaquesenques de la batllia de Cadaqués, en primer lloc la família Sala-Salceda (1193-1345), i després els Reixach (1348-1480).

El distint mitjà de nomenament

d'aquesta autoritat municipal en el mateix comtat obeïa possiblement a distintes necessitats particulars del comte. En la designació del de Cadaqués la qüestió financera hi tindria molt a dir. Efectivament els cabals de les caixes comtals es veïen molt incrementades pels ingressos dels arbitris establerts en el port cadaquesenc, com eren de molt antic el dit «teloneo», que es pagava en els ports de mar i a les portes de les viles o les ciutats, més tard la «lleuda», el «dret dels arbres» o segons els pals de les embarcacions, el «mollatge», l'«ancoratge», ingressos aquests que segons ens diuen els docu-

ments en certes èpoques representaven per a les sudites caixes comtals, el 75% dels beneficis totals d'aquesta mena de tributs en tot el comtat, endemés és clar de les imposicions als habitants de la vila en particular. D'ací que tingués molta importància que l'autoritat màxima de la vila fos una persona totalment addicta al comte, hi ho havia de ser car en treia ella també el seu profit.

El primer «batlle feudal» de Cadaqués del que tenim notícia és en Joran de Salceda, que l'any 1193 ja gaudia del càrrec. Fou el batlle fins a la segona desena del següent segle XIII i el va succeir el seu fill

Bernat fins a mitjan d'aquest segle. En morir el 1252 va heretar la sudita «batllia» amb tots els seus emoluments la seva filla Bernarda, muller d'un tal Guillem de Sàla, que amb el pas dels anys donaria el nom al «mas» conegut encara avui pel «mas de la Sala», per la donació que li féu el comte d'Empúries, Ponç Hug III, dels terrenys d'aquesta heretat. Hem de creure que no seria pas massa corrent, en aquells anys, això que una dona exercís semblant càrrec, però per a la història de Cadaqués no deixa d'ésser curiós. Aquest fet és una demostració més de que no hi ha res nou en aquest món. I així com en els temps actuals, quan una dona exerceix la regidoria o la batllia d'una vila ho considerem com una conseqüència dels temps en què vivim, a Cadaqués, set segles enrera, que aviat està dit, una cadaquesenca va ocupar aquest càrrec gairebé fa una quarantena d'anys.